
MEMORIAS CIENTÍFICAS I LITERARIAS.

LA ARAUCANA de don Alonso de Ercilla i Zúñiga i su valor histórico, por H. Polakowski.—Artículo traducido por José Røhner, del «Boletín de la sociedad jeográfica» de Berlín, 1885.

La Araucana de Ercilla es incontestablemente la epopeya mas importante de la literatura española. Es, a la vez, una obra que aparece única en su jénero. Forma una parte de la historia, es decir, la mas antigua narracion de los combates de los españoles con el objeto de posesionarse del territorio central de la República actual de Chile, esto es, del pais llamado Arauco (1). De la Araucana existen traducciones en casi todas las lenguas europeas. Una de las mejores es la traduccion alemana, dada a luz en 1831 en Nuremberga (editores Riegel i Wiessner (2). El traductor es C. M. Winterling; la traduccion misma, una obra maestra.

El objeto de los renglones siguientes es: llamar la atencion de las personas ilustradas a esta obra del señor Winterling, la cual, desgraciadamente, se volvió mui escasa, i de examinar la epopeya misma de Ercilla por lo tocante a su valor histórico, citando algunos de los mas importantes i mas bellos versos del poema, segun la traduccion del señor Winterling (3). En cualquiera otra composicion poética, tal designio seria injucioso, porque de una creacion de poesía no se exige precisamente la verdad histórica. Empero,

(1) Este nombre «Arauco» era desconocido entre los indígenas. Empleado por los españoles, se deriva del peruano «auca» que significa: indios guerreros u hostiles.

(2) Esta librería editorial terminó entre tanto, por lo que, desafortunadamente, no puedo añadir datos especiales sobre la suerte de este valioso libro.

(3) Referente a la traduccion del señor Winterling hai que advertir que ha omitido casi en cada canto algunos versos, que le parecian menos importantes, o cuya traduccion implicaba dificultades invencibles. Con este motivo he indicado siempre en aquellos lugares, donde la traduccion i el original no están conformes en los citados numéricos de verso, el uno i el otro número.

hai una diferencia respecto de la Araucana, i aquí no parece infructuoso reparar, en virtud de un estudio mas exacto, el elemento histórico de la epopeya de los accidentes poéticos.

López de Gómara (1) publicó en 1552, i Agustín de Zárate (2) en 1555, algunos datos sobre Chile, los cuales, sin embargo, eran tan reducidos como inexactos. Calvete de la Estrella, quien mereció los aplausos aun de Ercilla (canto IV, estr. 70), habia sido nombrado por Felipe II cronista de las Indias. Pero su obra permaneció incompleta i sin darse a luz. Diego Barros Arana ha revisado el manuscrito, atribuyéndole casi ningun valor para la historia del Perú i de Chile (3).

Apareció en Madrid, 1569, bajo el título de «*La Araucana de Don Alonso de Ercilla i Zuñiga*» un tomo en octavo, que comprendia los primeros quince cantos de la Araucana. Los hermosos versos, dentro de poco conocidos en toda España, se volvieron populares; el rei premió al poeta; muchas ediciones nuevas aparecieron. Ningun libro español habia encontrado hasta entónces tantos lectores.

Ercilla habia ido a fines de 1555, a la edad de 22 años, con Alderete, nombrado por Felipe gobernador de Chile, a América; llegó a Chile en abril de 1557, i permaneció allí hasta principios de 1560. Tomó parte en las campañas del gobernador don García Hurtado de Mendoza contra los araucanos i de su célebre marcha al sur de Chile.

Los primeros cantos de la Araucana son los mas distinguidos i mas acabados. Comprenden, a la vez, una multitud de datos jeográficos i etnológicos sobre el país i los habitantes de Chile, así como una descripción de los hechos de Valdivia. El poeta ha descrito éstos segun los relatos de los españoles i de los indios (canto XII, estr. 65), haciendo la transición al relato de sus campañas i de sus experiencias personales mediante la estrofa siguiente:

«Hasta aquí, lo que en suma he referido:
Yo no estuve, señor, presente a ello;
I así, de sospechoso, no he querido
De parciales intérpretes sabello:
De ambas las mismas partes lo he aprendido,
I pongo justamente solo aquello

(1) En su Historia jeneral de las Indias, cap. 142.

(2) En su Historia del descubrimiento i conquista del Perú.

(3) Historia jeneral de Chile. Santiago, 1884. II páj. 267, nota.

En que todos concuerdan i confieren,
I en lo que en jeneral ménos difieren».

(Canto XII, estr. 66, segun Winterling, estr. 69
del orijinal.)

El valor de la segunda mitad de la Araucana se disminuye por las largas i frecuentes digresiones del objeto propio del poema. Así, el poeta describe en la segunda mitad del canto XVII, i en la primera mitad del XVIII la batalla de San Quintin; en el canto XXIII describe la caverna del hechicero Fiton i las cosas maravillosas que se encontraban en ella. Todo el canto XXIV es una descripcion viva e histórica del combate naval de Lepanto (7 de octubre de 1571), en que don Juan de Austria destruyó el poder de los turcos. Al fin del canto XXVI, el poeta vuelve a ocuparse, descendiendo a detalles, del jardin i de la habitacion del hechicero Fiton, i en el XXVII se hace mostrar por dicho hechicero todos los importantes paises i ciudades de la tierra. En los cantos XXXII i XXXIII cuenta a sus compañeros la historia de Dido, i en el último, el XXXVII, se discuten los derechos de Felipe al trono de Portugal.

Ercilla se dedica especialmente a la descripcion de los diferentes combates i de las juntas de los araucanos, dejando a un lado, por lo jeneral, los sucesos del descubrimiento i de la conquista de Chile, los cuales no tienen un carácter propiamente militar. La Araucana tiene un alto valor como fiel retrato especular del carácter de los conquistadores i de sus jefes, de su inclinacion extraordinaria a las aventuras, a la codicia del oro, i a la crueldad, así como de su enerjía i perseverancia en soportar penalidades de toda especie. Esto, unido a la determinacion exacta de diferentes datos i al verdadero órden en la enumeracion de los diferentes sucesos, constituye el valor principal de esta epopeya para el historiador.

Ercilla dice lo que quiere ofrecer al lector, sin prefacio, breve i determinadamente en la primera estrofa del canto primero:

«No las damas, amor, no jentilezas
De caballeros canto enamorados;
Ni las muestras, regalos, ni ternezas
De amorosos afectos i cuidados:
Mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados
Que a la cerviz de Arauco no domada,
Pusieron duro yugo por la espada.»

En términos de una belleza insuperable describe el país i a los habitantes de Chile en las estrofas siguientes:

«Chile, fértil provincia, i señalada
En la rejion Antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal i poderosa:
La jente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda i belicosa,
Que no ha sido por rei jamás rejida,
Ni a extranjero dominio sometida.

«Digo que Norte Sur corre la tierra,
I baña la del Oeste la marina;
A la banda del Este va una sierra
Que el mismo rumbo mil leguas camina:
En meñio es donde el punto de la guerra
Por uso i ejercicio mas se afina:
Venus i Amor aquí no alcanzan parte;
Solo domina el iracundo Marte».

(Canto I, estr. 5 i 6 segun Winterling, estr. 6 i 10 del orijinal.)

Las estrofas siguientes están destinadas a la descripcion de las costumbres i de los usos guerreros de los araucanos. Esta parte se ha tomado, mucho há, por la mas distinguida de toda la composicion poética; pero Diego Barros Arana, (1) el mejor conocedor de la historia de Chile, advierte con razon que Ercilla se dejó llevar demasiado léjos por el ardor de crear héroes de una epopeya (2). La organizacion política de los araucanos no era tan acabada, la cohesion entre las tribus particulares, o sea los habitantes de los diferentes valles, no era sino mui limitada, i solo rara vez (afortunadamente para los españoles) se sublevaron partes mas considerables del territorio de Arauco al mismo tiempo contra sus opresores.—Ercilla relata el modo de la educacion de los guerreros araucanos, como se ejercitan ya a la edad de muchachos en la carrera, en la lucha i en la natacion, como elijen en seguida un arma, en cuyo uso se habilitan, i la que llevan despues en to-

(1) Hist. jen. de Chile, II, 272.

(2) Tambien el abate Juan Ignacio Molina (Bolonía, 1786) describe en su «Storia civile del Chile» a los araucanos mucho mas civilizados de lo que eran.

dos los combates. En cuanto a las armas, Ercilla (canto I, estr. 19, i en otros lugares) les atribuye infundadamente el uso de puntas de lanza de hierro i de espadas. Las lanzas de los araucanos tan solo se endurecian en el fuego, i el empleo de los metales (cobre, plata i oro) no se conocia sino en una estension mui limitada en la parte septentrional, sometida cerca de cien años ántes de la invasion de los españoles a los incas. Entre los lanceros, los salvajes colocaban a los armados de flechas i de mazas; si un destacamento del ejército habia sido derrotado, otro cuerpo nuevo continuaba el combate. Este modo de hacer la guerra fué enseñado a los araucanos por Lautaro. El aspecto de ellos lo describe Ercilla con exactitud del modo siguiente:

«Son de jestos robustos, desbarbados,
 Bien formados los cuerpos i crecidos,
 Espaldas grandes, pechos levantados,
 Récios miembros, de nervios bien fornidos,
 Ajiles, desenvueltos, alentados,
 Animosos, valientes, atrevidos.
 Duros en el trabajo, i sufridores
 De frios mortales, hambres i calores.»

(Canto I, estr. 40 segun Winterling. estr. 46 del orijinal)

Es uno de los hechos mas admirables el que este pueblo de Arauco, que nunca contó mas de medio millon de hombres, haya resistido victoriosamente durante mas de tres siglos a las armas de España, i se haya conservado únicamente entre todos los pueblos de América una orgullosa independendencia (hasta poco há).

Ya a fines del siglo XVI, Pedro de Oña compuso una epopeya, bien que carece de importancia: «*Arauco domado*»; pero, escribe Miguel Luis Amunátegui, (1) otro célebre historiador moderno de Chile: ¡aun hoy (1862) Arauco está indomado! Todo el territorio entre el Biobio i el rio Laja al norte i el rio Calle-Calle al sur es un gran cementerio; ahí yacen los restos de mas de 100,000 españoles i de innumerables araucanos.

La empresa de conquista de los incas, que fracasó contra el valor de los promaucaes cerca del rio Maule, se describe en rasgos

(1) Descubrimiento i conquista de Chile, páj. 526.

cortos, pero vigorosos; a la espedicion de Almagro (1535-37) el poeta le dedica una sola estrofa (I, 54), i luego entona:

«A solo el de Valdivia esta victoria
 Con justa i gran razon le fué otorgada,
 I es bien que se celebre su memoria,
 Pues pudo adelantar tanto su espada:
 Este alcanzó en Arauco aquella gloria,
 Que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
 La altiva jente al grave yugo trujo
 I en opresion la libertad redujo.»

(Canto I, estr. 47, segun Winterling.—estr. 55 del orijinal)

Este dato es del todo efectivo, pues ningun otro capitán español ha sujetado tan completamente una parte de tal estension de Arauco como Valdivia. A fuerza de caballos i de armas a fuego, el primer asalto obtuvo la sujecion de los hijos de Arauco; pero despues de haberse éstos acostumbrado a las armas de los blancos invasores, desde que ellos mismos se valian de los caballos i adoptaban sus armas i su órden de batalla mas i mas al uso europeo, cuando se habian apoderado de las baterías de los españoles en medio de los estragos del fuego, desde entónces los araucanos eran i permanecieron invencibles; jamás se sometieron al yugo de los estranjeros.

Altamente descuellan Ercilla sobre casi todos los escritores españoles, que tienen por objeto la historia de la conquista de América, considerada su veracidad i justicia respecto de los indijenas. Valdivia, habiendo conquistado el pais, empleaba a los indijenas como esclavos en trabajos para sí i para sus compañeros.

«Crecian los intereses i malicia,
 A costa del sudor i daño ajeno,
 I la hambrienta i mísera codicia
 Con libertad paciendo iba sin freno:
 La lei, derecho, el fuero i la justicia
 Era lo que Valdivia habia por bueno,
 Remiso en graves culpas i piadoso,
 I en los casos livianos rigoroso.»

(Canto I, estr. 59, segun Winterling, estr. 63 del orijinal.)

«El estado araucano acostumbrado
 A dar leyes, mandar; i ser temido,
 Viéndose de su tronco derribado,
 I de mortales hombres oprimido;
 De adquirir libertad determinado,
 Reprobando el subsidio padecido;
 Acude al ejercicio de la espada,
 I por la paz ociosa desusada.»
 (I, 61, resp. estr. '70)

Segun su costumbre, los araucanos celebraron consejo, con motivo de su campaña contra los españoles, en una gran junta, i eligieron en ella a un *atoquin*. Esta junta es el objeto del segundo canto. Se nos presentan en él los caudillos i héroes araucanos cuyas hazañas llenan la mayor parte de la Araucana. El mayor número de ellos, como Colocolo, Rengo, Tucapel, etc., probablemente no han existido jamás, al ménos no se encuentran estos nombres en los antiguos cronistas de Chile. Tampoco está comprobado lo referido sobre la eleccion de Caupolican (1), quien fué nombrado toqui a causa de sus pruebas de fuerzas sobrehumanas. En varios lugares, Ercilla habla detenidamente de los discursos pronunciados en estas juntas de los jefes de los araucanos, de sus borracheras i de sus juegos que seguian a aquellas; cantos enteros se dedican a particularidades del órden designado. Estas descripciones i discursos no carecen del valor histórico, porque Ercilla, segun hemos visto ántes, se hizo informar no solamente de parte de los españoles, sino tambien de los indios. Por otra parte, los araucanos, i principalmente los caudillos de ellos, poseian el talento oratorio en alto grado, lo que comprueban todos los historiadores. El que en las asambleas se orijinaban a menudo pendencias entre los oradores i jefes particulares, i el que éstas terminaban frecuentemente por sangrientas riñas i peleas—como refiere Ercilla—está comprobado por muchos historiadores, principalmente por Nájera. (2) En estas juntas se consumian tambien enormes cantidades de cerveza de maiz (chicha). Esta cerveza, así como el maiz en jeneral, solo era conocida de los araucanos por los peruanos.

(1) Góngora de Marmolejo, uno de los conquistadores de Chile, lo llama en su «Historia de Chile.» Quempolican, i dice que habia sido cacique (ulmen) de la tribu de Pilmaiquen.—Por lo demas, Caupolican no aparece en la historia de estos combates, segun los antiguos historiadores (exceptuado Ercilla, a quien siguieron Molina i otros muchos) hasta algunos años despues de la muerte de Valdivia.

(2) Desengaño i reparo de la guerra de Chile.

El ulmen que habia ordenado la invitacion a la junta entró primero en el círculo de los otros caudillos, apoyados en sus picas, detras de los cuales estaba colocado el grueso de los guerreros, todos la pica en la mano.—Llevaba una flecha bañada de sangre en la mano, con la cual señalaba repetidas veces la direccion del campamento enemigo. En su discurso esplicaba las razones por que queria inducir sus amigos a una campaña, i en apoyo de ellas dirigia a menudo preguntas a sus oyentes. ¡Así es! ¡así es! (*wey-lléchil! wey-lléeki!* respondian éstos. Seguian otros oradores, i mas i mas se inflamaba el furor i deseo de combate entre los salvajes. Despues clavaban violentamente las lanzas en la tierra, agarraban las astas con ambas manos i saltaban simultáneamente i a ciertos intervalos con ambos piés arriba, «de tal manera que parecia como si retemblaba la tierra.» (Nájera). Al mismo tiempo prorumpian en un murmullo que recordaba el zumbido de las abejas. Al jefe elegido se le presentaba el hacha de piedra en señal de su dignidad; todos los guerreros le obedecian estrictamente mientras duraba la campaña.

Martin de Ariza estaba colocado con una pequeña tropa en el fortin de Tucapel. Avisó a Valdivia, que entónces (a fines de 1553) estaba al norte de Concepcion, de la gran junta i de la inminente sublevacion de los araucanos. Valdivia prometió refuerzo al fortin, pero ántes que éste llegase, los indios atacaron el fuerte Ercilla refiere (canto II, desde la estrofa 68) como por ardid una pequeña tropa de cerca de 80 indios, cargados de leña i de forraje para los caballos de los castellanos, se introdujo sin resistencia en el fuerte, i dentro de él sacó las armas ocultas i atacó a los españoles. Estos perdieron algunos hombres, pero arrojaron el resto de los indios fuera del fortin. En seguida, cuando Ariza los persiguió, apareció el ejército indio i forzó a los españoles a retirarse al fortin. De noche, Ariza prefirió abandonar la plaza con los seis españoles sobrevivientes. Abriéronse paso por las filas de los Araucanos, que los sitiaban, i escaparon merced a la celeridad de sus caballos i a la oscuridad de la noche. Al dia siguiente, los salvajes redujeron el fuerte a cenizas.

Todos estos hechos históricos son narrados por Ercilla con exactitud; solamente en cuanto a la pérdida de los españoles habia sido informado mal. Escribe:

«I sin hombre perder dichosamente
Arribau a Puren, plaza segura,

Cubiertos de la noche i sombra oscura».

(Canto II, estr. 87.)

Ercilla describe en seguida, cómo Valdivia recibió la primera noticia de la sublevacion de los araucanos, cómo partió, lleno de tristes presentimientos para Concepcion, perdió allí algun tiempo en asegurar los lavaderos de oro, i se puso despues con 60 españoles montados i con 2 a 3,000 hombres de tropas auxiliares de indios en marcha a Tucapel. Los exploradores enviados por los españoles fueron muertos i sus miembros colgados por los araucanos de los árboles en escarmiento del ejército que seguia. Valdivia celebrando junta de guerra, dice:

«Bien conoceis la fuerza del estado,
Con tanto daño nuestro autorizada.»

(Canto III, estr. 12.)

«Quien éstos son tendreis en la memoria;
Pues hai tanta razon de conocellos,
Que si de ellos no hubiésemos vitoria
I en campo no pudiésemos vencellos,
Será tal su arrogancia i vanagloria,
Que el mundo no podrá despues con ellos.»

(Estr. 13.)

Pero, cuando algunos jóvenes guerreros solicitaron de él, que concediera que diez españoles emprendiesen el castigo de los amotinados, i cuando otros le recordaron que el honor de España sería mancillado por una retirada, Valdivia consintió en la prosecucion de la marcha.

«Vas a precisa muerte condenado,
Que como diestro i sabio lo entendiste;
Pero quieres perder ántes la vida
Que sea en tí una flaqueza conocida.»

(Canto III, estr. 16.)

Poco despues llega a Tucapel; ningun ser viviente se ve cerca de las ruinas humeantes. Este aspecto consternó a los españoles, porque debian creer que toda la guarnicion del fuerte habia sido muerta. Avanzando mas, aparecen de repente varias i numerosas tropas de indios que menean sus picas, dando feroces algaradas. Valdivia coloca en órden su ejército i opone de prisa a la primera

tropa de los salvajes una pequeña division de a caballo al mando de Mareande.

«La piquería del bárbaro calada
A los pocos soldados atendía;
Pero al tiempo del golpe levantada,
Abriendo un gran portillo, se desvía:
Dales sin resistir franca la entrada,
I en medio del escuadron los recojía;
Las hileras abiertas se cerraron,
I dentro a los cristianos sepultaron.»
(Canto III, estr. 23.)

Ahora, Valdivia llama voluntarios a un segundo ataque. Se ofrecen solo diez hombres. Uno de ellos es en el choque, traspasado de una lanzada; los demas penetran en la tropa de los salvajes, matan muchos de ellos, i encuentran, combatiendo valientemente, la muerte.

«En esto la española trompa oida
Dió la postrer señal de arremetida.»
(I, 28.)

El resto de los castellanos, al mando de Valdivia, se arroja sobre los salvajes i los rebate. Entónces, Lautaro, paje indio de Valdivia, se pasa a sus paisanos, detiene por una ardiente arenga los pasos de los fujitivos, hace frente, al principio solo, a los españoles victoriosos, i así hace parar a los araucanos. De nuevo toman las armas, i la batalla vuelve a enfurecerse.

«Era la diferencia incomparable
Del número infiel al bautizado:
Es el un escuadron innumerable,
El otro hasta sesenta numerado:
Ya la incierta Fortuna variable,
Que dudosa hasta entónces habia estado,
Aprobó la maldad, i dió por justa
La causa i opinion hasta allí injusta.

«Dos mil amigos bárbaros soldados,
Que el bando de Valdivia sustentaban,

En el flechar del arco ejercitados,
 El sangriento destrozo acrecentaban
 Derramando mas sangre, i esforzados,
 En la muerte tambien acompañaban
 A la española jente, no vencida
 En cuanto sustentar pudo la vida.»

(Canto III, estr. 52 i 53, de Winterling, estr. 57 i
 58 del orijinal.)

Solo Valdivia i un clérigo viven aun; todos los demas españoles yacen destrozados. Ambos se ponen en fuga, pero detenidos por un pantano, caen en manos de los araucanos perseguidores i son llevados a presencia del toqui.

«Caupolican gozoso en verle vivo
 I en el estado i término presente,
 Con voz de vencedor i jesto altivo
 Le amenaza i pregunta juntamente.
 Valdivia, como mísero cautivo,
 Responde i pide humilde i obediente
 Que no le dé la muerte, i que le jura
 Dejar libre la tierra en paz segura.»

(Canto III, estr. 59, de Winterling, estr. 64 del orijinal.)

Caupolican no pareció desinclinado a examinar la propuesta de Valdivia, pero Leucaton mató a éste último con su maza para terminar todas las negociaciones. Solo dos indios, de los 3,000, que acompañaron a Valdivia a esta batalla, salvaron la vida i propagaron la noticia espantosa en las posesiones españolas. La descripción de la fiesta triunfal de los araucanos principia por la siguiente hermosa estrofa:

«La oscura noche en esto se subia
 A mas andar a la mitad del cielo,
 I con las alas lóbregas cubria
 El orbe i redondez del ancho suelo:
 Cuando la vencedora compañía,
 Arrimadas las armas sin recelo,
 Danzas en anchos cercos ordenaban,
 Donde la gran vitoria celebraban.»

(Canto III, estr. 65, de Winterling, estr. 70 del orijinal.)

Tal es la descripción de la batalla de Tucapel (1) según Ercilla. El lector conocerá fácilmente que uno de los más importantes datos, a saber: el referente a la primera injerencia de Lautaro, es simplemente imposible. Cuando un escuadrón de españoles está persiguiendo un ejército derrotado de indios, no es tiempo de pronunciar discursos dirigidos a los fugitivos, ni de explicarles una nueva disposición de batalla. Es también imposible el que un solo indio mal armado haya podido hacer frente victoriosamente al escuadrón de caballería de los españoles. A Lautaro pertenece el mérito i honor de la victoria, porque los araucanos, a quienes se había pasado cinco o seis días antes de la batalla, combatieron según las disposiciones de él, esto es, dividieron su ejército en varios cuerpos, i por una de estas tropas después de la otra atacaron a los españoles hasta fatigarlos así completamente. Lo que Ercilla refiere acerca de la muerte de Valdivia, se comprueba por Mariño de Lobera i por algunos documentos; al contrario, relata Góngora de Marmolejo (2), cuyas indicaciones se comprueban igualmente por algunos muy importantes documentos de los próximos años después de la muerte de Valdivia, que el capitán prisionero espiró bajo bárbaras atrocidades (3). Es imposible hoy decir con seguridad, cual de estas indicaciones sea la verdadera.

El cuarto canto se dedica a los hechos de los catorce españoles, que acudieron a Valdivia desde Imperial, i que debían unirse a él cerca de Tucapel. Anduvieron a caballo sobre Puren i descendieron al valle de Elicura, donde fueron atacados por varias tropas de los araucanos. Después de haber rechazado victoriosamente los primeros ataques de los indios, reciben de un mensajero indio la noticia de la muerte de Valdivia i de todo su ejército. Cambiando entonces de ruta, buscan la llanura. Pero atacados aquí por nuevos cuerpos de guerreros, deben dar la espalda, no pudiendo resistir más a causa de un combate de casi veinticuatro horas i de la pérdida de siete hombres i de ocho caballos. La fuga no se efectúa sino por una tremenda tempestad, que hace desistir a los arauca-

(1) Después de un examen cuidadoso de todos los antiguos escritores i documentos conocidos hasta hoy, Miguel Luis Amunátegui i Diego Barros A. fijaron por día de esta célebre batalla, que quebrantó para siempre la autoridad i el poder de los europeos en Arauco, el 1.º de enero de 1554.

(2) Historia de Chile, cap. 14.

(3) Véase lo espuesto en particular sobre la batalla de Tucapel i sobre la muerte de Valdivia en mi trabajo: «Observaciones referentes a la historia del descubrimiento i conquista de Chile, I», en el «Boletín de la sociedad Geográfica de Berlin», tomo XI, 1885.

nos de la persecucion. Este canto, en que Ercilla enumera los episodios particulares de este combate eternamente memorable i las hazañas de cada cual de los catorce, pertenece a los mas bellos de toda la obra. Los seis jinetes que, cubiertos de heridas i casi sin armas, habian escapado a los araucanos, alcanzaron a Puren, pero se contentaron con un solo dia de descanso i fueron de prisa a la Imperial. La reducida guarnicion de Puren evacuó esta plaza el mismo dia para ir a la Imperial. Inmediatamente, los araucanos incendiaron el fortin.

Examinando estos datos de Ercilla, se conocen que son diverjentes tan solo en momentos mui insignificantes de la verdad histórica, esto es, que las noticias recibidas eran efectivas, i que él solo se ha permitido unas leves licencias poéticas para mayor elevacion de los «Catorce de la gloria». Veinte jinetes habian partido, al mando de C. Gomez de Almagro, de la Imperial i habian llegado el 1.º de enero de 1554 a Puren (1). Solo el 3, Almagro salió de Puren con trece hombres; seis debian permanecer en este fortin por refuerzo de la reducida guarnicion. El combate de los catorce tuvo por objeto único: cubrir su retirada, salvar su vida. Los araucanos habian dejado alejarse a los castellanos a gran distancia de Puren, ántes que los atacaran en el terreno áspero, poblado de espesos bosques, i los forzaron luego a retroceder. Los españoles desplegaron en ésto un valor casi sobrehumano, por tanto son bien acreedores a que Ercilla haya inmortalizado sus nombres (2).

En la segunda mitad del cuarto canto, Ercilla describe el efecto de la noticia de la batalla de Tucapel producido en los vecinos de Concepcion i la formacion de una tropa, que Francisco de Villagran condujo al otro lado del Bio-Bio contra los sublevados. Lautaro habia colocado su ejército en las angosturas de Marigüeñu, donde quiso valerse de la misma estratagemas que hubo conducido a la victoria de Tucapel. Ercilla da a conocer por la escasa descripcion destituida de claridad, la que hace del terreno i del cuadro local, su exiguo talento para tal órden del arte descriptivo. Laderas escarpadas i rocas escabrosas rodean el campo de batalla elejido por Lautaro, impidiendo a los jinetes la persecucion, i orijinando dificultades a su ataque. Los cantos quinto i sexto son dedicados enteramente a la célebre batalla de Marigüeñu, que fué

(1) Diego Barros A., Hist. jen. de Chile, II, pág. 6.

(2) Góngora de Marmolejo, Hist. de Chile, cap. 15.

dada, segun las investigaciones históricas de Diego Barros A., el 23 de febrero de 1554.

Despues que el ejército español se habia internado en el fondo de estos espesos montes i habia llegado a la meseta elejida por Lautaro, éste mandó el ataque a los castellanos. Sin gran efecto, la caballería española se lanzó sobre los araucanos; fatigaron a sus caballos, i fueron heridos por pedradas, por flechas, etc. Al contrario, las seis piezas de campaña de los españoles (1) causaron mucho daño a los indios. Lautaro hizo atacarlas por una tropa al mando de Leucoton, la que se apoderó de los cañones por su intrépido valor i mató a los artilleros. Los españoles, mui desanimados por ésto, comenzaron a ceder. Entónces, Lautaro con todo su ejército avanzó impetuosamente; muchos españoles fueron muertos en esta confusion. La fuga se volvió jeneral. Solo Villagran se esforzó al último a hacer resistencia a los indios, pero fué derribado del caballo, i habria sido muerto, sin duda, a no ser que trece españoles hubiesen conseguido sacarlo del peligro a fuerza de sus armas. El sexto canto se dedica a la descripcion de la fuga de los castellanos. Es igualmente una obra maestra; los detalles referidos en él han sido comprobados por los otros historiadores (Góngora de Marmolejo i Mariño de Lobera). Por fin, la noche termina la persecucion i el resto mal parado del ejército español llega a orillas del Bio-Bio.

Ercilla pasa por alto aquí la marcha de Francisco de Villagran a Concepcion, el cual habia recibido a la orilla de rio Bueno, al sur de Valdivia, la noticia de la sublevacion de los araucanos i de la batalla de Tucapel, así como sus tentativas comenzadas ya en esta expedicion de hacerse reconocer por sucesor de Valdivia. Francisco de Villagran salió el 20 de febrero de la ciudad de Concepcion con 180 españoles mui bien armados i con un séquito de criados indios de carguío, i de tropas auxiliares. De éstos cayeron en la batalla mas de cien españoles i, segun parece, el mayor número de los auxiliares indios; el resto, por la mayor parte gravemente herido i sin armas ni bagaje, vino a Concepcion.

El séptimo canto describe claramente i en hermosos versos el efecto de esta nueva derrota producida en los vecinos de Concepcion, que inmediatamente se ponen a despoblar la ciudad. En vano se opone doña Mencia (de Nidos) a esta fuga. Lautaro, ha-

(1) Estos cañones, recién llegados del Perú, eran los primeros que los españoles emplearon en la guerra contra los araucanos.

biendo concedido el saqueo de la ciudad despoblada, la destruye i la incendia completamente. Todos estos datos de Ercilla no exigen rectificacion alguna; son un ligero complemento para corresponder enteramente al estado de nuestro conocimiento actual acerca de este episodio de la conquista de Chile. Así, por ejemplo, es un deber del historiador objetivo señalar con censura que Villagran, aun en ese tiempo de calamidades, no perdió de vista la realizacion de su ambicioso designio de hacerse reconocer por gobernador de Chile. Pero Ercilla se ocupa, en jeneral, casi esclusivamente de los hechos de los indios, deteniéndose mucho mas en el campamento de los araucanos que en el de los españoles, lo que, en verdad, tanto en atencion al punto de vista poético, como al histórico, es mui cuerdo i, a la vez, conducente a los lectores de la Araucana. La despoblacion de la ciudad de Concepcion se efectuó dos dias despues de la batalla de Mariguenu; el mayor número de las mujeres, de los niños, de los ancianos i de los heridos fueron llevados a bordo de dos buques que, afortunadamente, habia en el puerto. El resto de la poblacion tomó el camino por tierra a Santiago i llegó a la capital despues de doce jornadas. En los cantos octavo i noveno, Ercilla relata, como los araucanos en el valle de Arauco celebraban junta de guerra, como Lautaro i 500 jóvenes selectos debian partir con el objeto de la destruccion de Santiago, i como el grueso del ejército mandado por Caupolican marchaba contra la Imperial, pero fué detenido, no léjos de esta ciudad por una terrible tempestad i por la aparicion de la Virjen a dar vuelta.

«Heme, Señor, de muchos informado,
 Para no lo escribir confusamente:
 A veinte i tres de abril, que hoi es mediado,
 Hará cuatro años cierta i justamente
 Que el caso milagroso aquí contado
 Aconteció, presente tanta jente,
 El año de quinientos i cincuenta
 I cuatro sobre mil por cierta cuenta.»

(Canto IX, estr. 16 de Winterling, estr. 18 del original.)

Poco despues, una gran aridez, acompañada de falta de comestibles i de peste, aflijó al pais. Todos estos datos son efectivos exceptuada la aparicion de la Virjen, la cual «aparicion» debe tomarse por una fábula inventada por los españoles en glorificacion

suya. Todos los cronistas refieren, de acuerdo con Ercilla, que en la escasez reinante en el invierno de 1554 muchos araucanos se volvieron canibales, que muchas madres se comían a sus propios niños, i que la mortandad entre los indijenas era mui grande. Villagran, aprovechando esta condicion, partió, octubre de 1554, de Santiago con 180 hombres para hacer una nueva tentativa con el objeto de someter i de castigar a los rebeldes. Habiendo conducido la tropa, devastando i mataudo, en el centro de Arauco, regresó a mediados de 1555 a Santiago. A fines de noviembre de 1555, Concepcion fué reedificada i repoblada por órden de la Audiencia de Lima (1). Ercilla cuenta en la segunda mitad del canto IX cómo los araucanos se determinan a la destruccion de la ciudad repoblada, en la que mandaba Juan de Alvarado, como rechazan un ataque de los castellanos, i, por fin, despues de un combate sangriento, toman la nueva fortaleza por asalto i derrotan a los españoles con una gran pérdida por ambos lados. Lautaro, por segunda vez, hizo saquear e incendiar la ciudad. El asalto a Concepcion, en que perecieron mas de treinta españoles, fué dado el 12 de diciembre de 1555.

Ercilla, en su historia (segunda mitad del canto XI), continúa la narracion de la marcha de Lautaro con sus 500 guerreros, hablando del infructuoso ataque de los castellanos a la posicion atrincherada, que Lautaro habia tomado al norte del Maule, i desde donde amenazaba a Santiago. Bien que igualmente el segundo ataque al campamento araucano, el cual emprendió Pedro de Villagran, fué rechazado; sin embargo a Lautaro le pareció mas prudente abandonar su posicion, retirarse sobre el Maule, i acamparse firmemente a la desembocadura del Itata. Desde ahí, Lautaro emprendió poco despues un choque contra Santiago (marzo de 1557), Pero, no habiendo conseguido sorprender a la capital; permaneció a la orilla septentrional del Mataquito, plantando allí un campo en un sitio naturalmente mui fuerte (abril). El canto XIII contiene una descripcion admirablemente bella de la última noche de Lautaro i del tierno i cariñoso entretenimiento con su amada, la hermosa Guacolda. Empero, a juzgar segun el punto de vista histórico, debemos decir que esta conversacion, así como algunas otras relaciones eróticas, cantadas con la mayor elevacion poética, las cuales se han insertado a la epopeya en otros cantos, no corresponden a la realidad misma. La mujer entre los arauca-

(1) D. Barros A., Hist. jen., II. páj. 71.

nos no era sino la esclava del marido, que éste compraba a los padres como una mercadería, i de la cual podia disponer tan libremente como si se tratara de un animal doméstico. El «amor» de la naturaleza descrito por Ercilla era, de seguro, desconocido de los araucanos. En la misma noche que Ercilla señala para la reunion cariñosa de Lautaro i de Guacolda, sube Villagran al tupido monte que cubria por detras el campo fortificado de los araucanos, sobrecoje a las guardias profundamente dormidas ántes del amanecer, penetra en el fuerte i mata toda la tropa de los araucanos, la que, combatiendo valientemente hasta el último hombre, no se rinde, sino que prefiere la gloriosa muerte a la esclavitud (abril 29 de 1557) (1). Lautaro cayó al principio de la batalla, luego que salió de su choza, traspasado de una flecha. Con él, la fortuna de la guerra abandonó a los araucanos. De la carnicería siguiente da Ercilla en el canto XIV i en la primera mitad del XV un cuadro tan terrible como vivo. Para estas memorables campañas de Lautaro, Ercilla es reputado todavia hoi la mejor fuente. (2) Esta victoria fué decisiva. Los indios no emprendieron jamas un nuevo ataque a Santiago. Semejantes campañas i espediciones de conquista, que se estendian mas allá del territorio de Arauco, eran tambien mui repugnantes a la disposicion de los araucanos propiamente dichos; éstos solo querian defender su tierra contra los españoles rapaces, sanguinarios i codiciosos del oro, pero no hacer conquista alguna. Así terminó la corta carrera triunfal de Lautaro, cuyo nombre se volvió inmortal por su amor a la patria i por su habilidad guerrera. Su conmemoracion ha sido celebrada en numerosas poesías i escritos.

Ya en la segunda mitad del canto XII, Ercilla indica que el emperador Cárlos V hubo nombrado a ese tiempo al marqués de Cañete, don Andres Hurtado de Mendoza, virrei del Perú, i que éste habia llegado a la «ciudad de los reyes» (Lima). Comienza con mucha prudencia i con rigorosa enerjía i severidad la estirpacion de muchos abusos i el castigo de los amotinados anteriores, creando así en el Perú un estado de las cosas medianamente ordenado.

«Fué hecho tan sagaz, grande i osado,
Que pocos con razon le van delante,
Asaz en estos tiempos celebrado,
I a los ánimos sueltos importante:

(1) Segun D. Barros A., Hist. jen. II, páj. 100.

(2) Véase tambien: A. de Herrera, Hist. jen. Dec. VIII, lib. 7., cap. 8.

Por él quedó el Perú atemorizado,
 Temerario, rebelde i arrogante
 I a la justicia el paso mas seguro,
 Con mayor esperanza en lo futuro.»

(Canto XII, estr. 80 de Winterling, estr. 88 del
 orijinal)

El nuevo virrei habia llegado a Lima el 29 de junio de 1556. Felipe II, despues de llegada a Europa la noticia de la muerte de Valdivia, habia nombrado gobernador de Chile a Jerónimo de Alderete, en el mes de mayo de 1556. Pero éste murió en abril de 1556 en el viaje a su gobierno, no léjos de Panamá. Con este motivo, i a solicitud de los habitantes de Chile, el marqués de Cañete nombró a su hijo don García Hurtado de Mendoza, de acuerdo con la Audiencia de Lima, gobernador de Chile. (2) Este armó un gran ejército para la conquista de Chile, respectivamente del pais de Arauco, al cual se incorporó don Alonso de Ercilla i Zúñiga, recién llegado a Lima.

«I con vuestra licencia, en compañía
 Del nuevo capitan i adelantado
 Caminé desde Lóndres hasta el dia
 Que le dejé en Taboga sepultado;
 De donde, con trabajos, i porfia
 De la fortuna i vientos, arrojado,
 Llegué a tiempo que pude juntamente
 Salir con tan lucida i buena jente.»

(Canto XIII, estr. 28 de Winterling, estr. 30 del
 orijinal)

De un modo tan vivo como poeticamente hermoso, Ercilla describe la salida de la flota que debe llevar el grueso del ejército a Chile (canto XIII), i principalmente la espantosa tempestad que sobrecojió a la escuadra, compuesta de diez buques, cerca de la costa de Chile (canto XV). Por fin, la flota arribó a la isla de la Quiriquina en el golfo de Talcahuano, en la que los españoles se construyeron chozas. Cuando los araucanos supieron el arribo de

(1) El 21 de julio de 1556. Véase D. Barros A., Hist. jen., II, páj. 88-91.—Diego Fernandez (el Palatino). Historia del Perú, Sevilla 1571. Parte II., lib. 2.—Garcilaso de la Vega, Comentarios reales, II (Historia jeneral del Perú. Córdoba 1616), lib. 8.

los castellanos, celebraron una junta i acordaron enviar al cacique Millalauco al capitán español i abrir así negociaciones con él a fin de ganar tiempo para otros aprestos (canto XVI). Millalauco, acojido de ceremonia, declara que los araucanos estaban dispuestos a reconocer al emperador Carlos V, por su amo, a permitir la propagación del cristianismo en su país, i a vivir en paz con los castellanos. Don García promete al cacique que los indígenas en adelante no serán agravados, sino exonerados también de sus cargas anteriores, i lo dimite ampliamente regalado (canto XVII). Las promesas, por supuesto, carecían por ambos lados de sinceridad, por cuyo motivo el combate no tardó en trabarse. (1)

Bien que don García de Mendoza, cuando fué nombrado gobernador de Chile, solo tenía 22 años, sin embargo ya se había comprobado como guerrero, i su carácter se había formado en muchos viajes, así como en misiones diplomáticas. Don García reunió dentro de poco en Lima, que bullía de aventureros codiciosos de despojos, cerca de 500 hombres en derredor de sí (enero de 1557), se rodeó de un consejo de estado, de una corte, de una guardia de su persona, i de numerosos frailes i sacerdotes, estos últimos destinados a la conversión i a la protección de los indígenas. 300 jinetes mandados por don Luis de Toledo tomaron el camino por tierra; la infantería, mas de 150 hombres, fué repartida en tres embarcaciones. Otros estaban cargados de armas, de municiones, de víveres, etc. Don García mismo se quedó en la flota, que zarpó del puerto de Callao el 2 de febrero. El gobernador se desembarcó en la Serena, i permaneció allí hasta el 20 de junio. Ercilla se encontró a bordo de la capitana del gobernador. El reducido ejército permaneció en la isla hasta fines de agosto, cuando don García mandó que 130 hombres, entre ellos nuestro poeta, fueran trasladados al cercano continente. El gobernador cuidaba rigurosamente que los indios fueran tratados bien; premiaba los que declaraban su sumisión. Durante el desembarco en el continente se observaban todas las precauciones; inmediatamente se comenzó el levantamiento de un campo fortificado al sur de las ruinas de la ciudad de Concepción. La riqueza de los aparatos militares de los españoles incitó entre los araucanos el ansia de recojer botín, de suerte que determinaron atacar el campo enemigo. En calidad de toqui ha-

(1) Según Mártín de Lobera i según Suarez de Figueroa. (Hechos de don García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete, Madrid 1613; reimpresso en: Colección de historiadores de Chile, tomo V), Millalauco visitó el campamento de los españoles posteriormente, cuando éste se había levantado en el continente.

bia sido elegido *Qeupolican*, por *Ercilla* i por sus numerosos copistas llamado *Caupolican*. Era un digno sucesor de *Lautaro* (1).

El 7 de setiembre de 1557 (segun *Ercilla* i segun *Mariño de Lobera*), los araucanos atacaron el campamento de los españoles. *Ercilla*, quien ha tomado parte en el sangriento combate que entónces se empeñó, le dedica los cantos XIX i XX. No hai motivo de tomar los episodios particulares de la batalla, los cuales refiere *Ercilla*, por invencion poética, porque son posibles i aparecen mui conformes al carácter de los partidos combatientes. El combate era obstinado, manteniéndose por largo rato indeciso. A pesar de los estragos que hicieron las seis piezas de artillería del campo español, así como los numerosos arcabuces, entre los araucanos, éstos, sin embargo, penetraaron en el recinto del fuerte. Cuando el resto de los soldados españoles de la isla i de los buques iba a socorrer al grueso del ejército, cuya pólvora se acababa en el combate, fueron atacados i detenidos en la playa por otra tropa de araucanos. Por fin, los castellanos lograron arrojar a los indios del campamento, dirigir de nuevo el fuego de los cañones contra ellos i ahuyentarlos con una pérdida mui considerable (2).—En el canto XXI *Ercilla* relata, como los indios fueron detenidos en un segundo ataque al campamento solamente por la llegada de la primera tropa montada de los españoles, es decir, de 100 jinetes mandados por *Juan Remon*. Segun *Góngora de Marmolejo*, este escuadron llegó el 15 de setiembre al campo de don *García*. Poco despues apareció el resto de la caballería, de suerte que por él, i ademas por la llegada de cerca de 60 soldados veteranos i experimentados de la *Imperial*, el ejército de los españoles llegó a contar 650 hombres. Los araucanos tambien reunieron un gran ejército, a que pasa revista *Caupolican* («*Qeupolican*»), canto XXI.

Los castellanos, despues de atravesar el *Bio-Bio*, dirijieron su marcha al sur, donde está situada la ciudad de *Coronel* hoi dia. (3) Allí, los araucanos encontraron el ejército de los españoles. Al principio se trabó el combate con algunos cuerpos de exploradores enviados por don *García*, i cuando éstos fueron forzados a retroceder al campo, los araucanos atacaron el grueso del ejército.

(1) *Diego Barros A.*, *Hist. jen.* II, páj. 123.—Es un mérito del señor don *Diego Barros A.* haber reducido la importancia de *Qeupolican* a su valor histórico. *Antonio de Herrera* i *Diego Fernandez* (de *Palencia*) ni siquiera nombran a este caudilla.

(2) Véase la descripción de la batalla de *Penco* en la *Historia de Chile*, I, c. 24 de *Góngora de Marmolejo*.

(3) *D. Barros A.*, *Hist. jen.* II, p. 137.

Sufrieron una derrota completa. La hermosa descripción de esta batalla, llamada batalla de las Lagunillas o del Bio-Bio, que Ercilla da en el canto XXII, ha sido comprobada completamente por los demás historiadores contemporáneos (1). Pero tampoco esta victoria sangrienta fué decisiva; no determinó a los araucanos a someterse al yugo español. Puede tenerse por cierto que a esta resolución de los indios contribuyó principalmente la inutilización de Galvarino, capturado en el combate (canto XXII, conclusión); don García mandó que a éste le cortasen las dos manos i le puso después en libertad. Galvarino apareció en la junta de los caciques r, levantados sus brazos sangrientos, inflamó a los salvajes guerreros por su aspecto i por sus palabras a nuevos combates (canto XXIII).

«Mirad mi cuerpo, aquí despedazado,
 Miembro del vuestro que por mas afrenta
 Me envian lleno de injurias al Senado
 Para que dellas sepa daros cuenta:
 Mirad vuestro valor vituperado
 I lo que en mí el tirano os representa,
 Jurando no dejar cacique alguno
 Sin desmembrarlos todos de uno a uno.

I es un color, es apariencia vana
 Querer mostrar que el principal intento
 Fué el estender la relijion cristiana,
 Siendo el puro interes su fundamento:
 Su pretension de la codicia maana,
 Que todo lo demas es finjimiento,
 Pues los vemos que son mas que otras jentes
 Adúlteros, ladrones, insolentes.»

(Canto XXIII, estr. 8 i 13)

Los españoles prosiguieron después su marcha hácia el sur. Don García, persistiendo aun en su plan de determinar los indios por la benevolencia a la paz, mandó que se cuidasen sus campos i haberes. En el canto XXV, Ercilla refiere, como don García, después que los españoles se habian acampado en la llanura de

(1) Sengun D. Barros A., en el lugar citado, páj. 140, esta batalla tuvo lugar el 7 de noviembre de 1557.

Millarapue («Millaraque»), fué desafiado por Caupolican a un combate singular i aceptó el desafío. Pero no se efectuó, porque el día siguiente todo el ejército de los araucanos avanzó, i don García envió inmediatamente un escuadrón de caballería en contra de él. Trábose de nuevo una batalla sangrientísima, de la que salieron vencedores los españoles despues de grandes esfuerzos i con empleo de todos sus cuerpos de reserva. Terminada la batalla, el gobernador mandó que fuesen colgados doce de los mas valerosos caciques (canto XXVII); los demas capturados fueron puestos en libertad. Esta batalla, en que perecieron mas de 1,000 araucanos, se dió el 30 de noviembre de 1557. Poco despues, don García hizo ofrecer de nuevo la paz a los araucanos, con tal que se sometiesen. Pero Caupolican rechazó enérgicamente cualquier ajuste con los españoles. Estos reconstruyeron el fuerte de Tucapel; pero el fuerte, lo mismo que el campamento principal, fueron incesantemente hostilizados en las inmediaciones por tropas de indios, que capturaron algunos castellanos. Desgraciadamente, Ercilla, en lugar de describir en particular la vida en el campamento español, las jornadas de marcha de los diferentes cuerpos, etc., i de narrar con exactitud la fundacion de los fuertes i de las ciudades, dedica cantos enteros a cosas que no tienen relacion con la conquista de Arauco.

En el desfiladero a la estremidad del valle de Puren, donde éste se une al estenso valle de Arauco, los españoles fueron atacados de nuevo (canto XXVIII). El campo de batalla habia sido elejido mui felizmente por los indijenas, quienes hicieron mucho daño a los españoles i les arrebataron casi todos sus bagajes; sin embargo, no consiguieron la intentada destruccion de la tropa española. Ercilla es actor tambien en esta jornada, i se le atribuye una parte decisiva en su éxito.—Sabemos (de Góngora de Marmolejo, Historia de Chile, cap. 27) que este ataque de los araucanos tuvo por objeto apoderarse de un trasporte de cerdos, de guanacos, de ganado vacuno i de granos, el que habia partido de la Imperial i de Villa-Rica para la manutencion del grueso del ejército en el campamento. Don García, para cubrir este trasporte, envió el 20 de enero de 1558, 100 hombres al mando de Alonso de Reinoso a este desfiladero, llamado por el rio Cayucupil («Cayucupili»). Solo una pequeña parte de las provisiones llegó al campo español.

Despues de estas numerosas i sangrientas derrotas, los indios se decidieron a quemar todos sus haberes; i continuar el combate

hasta el esterminio o la ruina de los castellanos (canto XXIX). Despues del asalto en el desfiladero de Puren, los españoles emprenden la marcha a Arauco i la Imperial. En esa tienen que sostener algunos combates, de que Ercilla no hace mencion sino a la lijera.

«Dejando, pues, en guarda de la tierra
 Los mas diestros i pláticos soldados,
 En órden de batalla i son de guerra
 Rompimos por los términos vedados;
 I atravesando de Purén la sierra
 De la hambre i las armas fatigados,
 A la Imperial llegamos salvamente
 Donde hospedada fué toda la jente.»

(Canto XXX, estr. 29, de Winterling, estr. 30 del orijinal.)

Don García habia dejado, ántes de ponerse en marcha al sur, reducidas guarniciones en Concepcion, en Tucapel i en Cañete, ciudad recién fundada por él. Caupolican estaba resuelto a asaltar a Cañete hácia medio día, cuando los españoles descansaban, con cuyo motivo hace explorar la localidad por un guerrero llamado Pran. Pero éste se comunica confidencialmente al criado indio («yanacona») Andresillo, servilmente adicto a los castellanos, de suerte que todo el plan se descubre a éstos. Así, el ataque fracasó completamente i terminó por una grave derrota de los araucanos (cantos XXX-XXXII). Hai que añadir en su elogio que el insigne poeta Ercilla censura severamente esta negra traicion de Andresillo, cometida contra sus paisanos combatientes por la libertad de la patria comun. Por lo demas, su descripcion del ataque a Cañete (1) ha sido comprobada en todo punto por Mariño de Lobera i por Góngora de Marmolejo. Caupolican disuelve entónces su ejército, por la mayor parte desanimado; él mismo, con diez fieles, se retira a las sierras, perseguido por cuerpos de guerrilla. Ercilla toma parte en estos penosos esfuerzos de buscar al capitán de los araucanos, i escribe a este respecto:

«No amenaza, castigo ni tormento
 Pudo sacar noticia o rastro alguno,

(1) Tuvo lugar, segun Diego Barros A., Hist. jen. II, páj. 162, en los últimos días de enero o en los primeros de febrero de 1558.

Ni caricia, interés ni ofrecimiento
Jamás a corromper bastó a ninguno:
Andábamos atónitos i a tienta
Segun la variedad de cada uno;
De día, de noche, acá i allá perdidos,
Del sueño i de las armas aflijidos.»

Por fin, sin embargo, se encuentra un traidor, quien conduce a los españoles a la morada de Caupolicán. Estos lo sorprendieron en su choza i lo aprehendieron con sus compañeros (canto XXXIII). Reinoso ordenó el suplicio de Caupolicán, habiendo éste recibido el bautismo poco ántes de su muerte. Ercilla refiere en el canto XXXIV el procedimiento del atroz suplicio del toqui, el cual prueba como un acto de crueldad e innecesario.

«Que si yo a la sazón allí estuviera,
La cruda ejecucion se suspendiera.»

La ejecucion tuvo lugar en abril de 1558 (1). Solo hai que agregar a la relacion de Ercilla la advertencia que la conversion de este famoso toqui al cristianismo no se comprueba por Marmolejo, i, en efecto, carece de toda probabilidad. La conclusion del canto XXXIV, todo el XXXV, i la mayor parte del XXXVI tienen por objeto la célebre marcha de don García al traves de las montañas i selvas primitivas que cubren la rejion austral de Chile hasta el golfo de Ancud. Estos cantos son los mas importantes, considerados en su valor para la historia, porque llenan un blanco en los datos incompletos de los demas antiguos historiadores. Con verdadera maestría Ercilla describe los peligros i las penalidades de esta marcha, así como la buena acogida que los españoles exhaustos encontraron en el fértil valle de Ancud. Prosiguiendo la marcha, un brazo del mar corta el camino a los españoles. Ercilla con algunos compañeros pasa en una piragua a una isla, e internándose lo mas posible en el bosque, escribe con su cuchillo en el tronco de un árbol la estrofa siguiente:

«Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslastrado,

(1) Diego Barros A., Hist. jen., II, páj. 131.

Con solo diez pasó el desaguadero;
 El año de cincuenta i ocho entrado
 Sobre mil i quinientos, por febrero,
 A las dos de la tarde, el postrer día,
 Volviendo a la dejada compañía.»

(Canto XXXVI, estr. 27, de Winterling, estr. 29
 del orijinal.)

Esta fecha, fijando el comienzo de la marcha de vuelta de los españoles, tiene un eminente valor. En cuanto al camino que tomaron en el regreso, Ercilla solo dice que era diferente del de la ida, i mejor que éste. Don García se puso en marcha a mediados de febrero de 1558, partiendo de la laguna de Ranco (Valdivia) con cerca de 200 hombres. Caminaron a poca distancia de la cordillera, a lo largo del lado occidental de los lagos (1). El 24 de febrero, los españoles llegaron al golfo de Reloncaví, como se llama hoi. Ercilla fué a tierra con sus compañeros en la costa septentrional de la isla de Chiloé. En la marcha de regreso se tomó el camino por el valle central de la provincia, que lleva hoi el nombre de Valdivia, i se echaron los cimientos de la ciudad de Osorno el 27 de marzo de 1558.

A mediados de abril, los españoles estaban de vuelta en la Imperial, adonde habia llegado, algun tiempo ántes, la noticia del advenimiento del nuevo soberano en España, esto es, que Cárlos V habia renunciado el 16 de enero de 1556 la corona de España en favor de su hijo Felipe II. En celebracion de este advenimiento del nuevo monarca se dió lugar a torneos militares, en cuya ocasion se trabó una pendencia entre nuestro poeta i héroe i Juan de Pineda. Ambos, echando mano a la espada, iban a embestirse enfurecidos en presencia del gobernador. Este, en lugar de terminar la contienda, imponiendo moderacion por su autoridad, se puso mui furioso, descargó golpes contra los contendientes, mandó que fueran aprisionados i los condenó a muerte. Ya en el cadalso, don García indultó a ámbos, conmutando la pena de muerte por la de prision i destierro. Con noble moderacion, Ercilla recuerda solo mui a la lijera este agravio cometido contra él en dos lugares.

(1) Léase, por lo tocante a este camino, las observaciones de Diego Barros A. (Hist. jen. II, páj. 166-168, nota), i compárese el mapa 6 del Anuario 1860 de las Comunicaciones de Petermann.

«Turbó la fiesta un caso no pensado,
 I la celeridad del juez fué tanta,
 Que estuve en el tapete, ya entregado
 Al agudo cuchillo la garganta:
 El enorme delito exajerado,
 La voz i fama pública lo canta
 Que fué solo poner mano a la espada,
 Nunca sin gran razon desenvainada.»

Canto XXXVI, estr. 30, de Winterling, estr. 33
 del orijinal.)

«Ni digo como al fin por accidente
 Del mozo capitan acelerado
 Fuí sacado a la plaza injustamente
 A ser públicamente degollado:
 Ni la larga prision impertinente
 Do estuve tan sin culpa molestado,
 Ni mil otras miserias de otra suerte,
 De comportar mas graves que la muerte.»
 (Canto XXXVII, estr. 70.)

La fuente principal para este episodio característico respecto de la conducta de don García, el cual condujo a terminar repentina i deplorablemente la carrera militar de nuestro héroe en el nuevo mundo, es Góngora de Marmolejo (1). La injusta severidad del jóven gobernador contra Ercilla ha sido censurada por todos los contemporáneos, i cuando se le formó causa a don García con motivo de sus hechos en Chile, el juez reconoció que en este asunto se hizo reo de una «culpa grave» (2). Góngora de Marmolejo dice, que Ercilla solo debia la salvacion de su vida a la intervencion de algunas señoras de la Imperial. A fines de 1559, Ercilla estuvo en el Ferú, de donde fué poco despues a Panamá. Allí se enfermó gravemente, de suerte que no pudo regresar a España hasta 1562. Despues de su viaje por la parte central de Europa dió a luz la primera parte de la Araucana (cantos I—XV), en 1578 se publicó la segunda (c. XVI—XXIX), i en 1589, la tercera (c. XXX—XXXVII). El 29 de noviembre de 1594, don Alonso de Ercilla murió en Madrid, honrado i estimado como poeta i guerrero en la

(1) Historia de Chile, cap. 23.

(2) Diego Barros A., Hist. jen., t. II, pág. 175.

corte i en todos los paises españoles. Parece, sin embargo, que no estaba contento con los últimos dias de su vida; al ménos se queja en la conclusion del canto XXXVII, diciendo:

«Mas ya que de mi estrella la porfía
Me tenga así arrojado i abatido,
Verán al fin que por derecha via
La carrera difícil he corrido;
I aunque mas inste la desdicha mia
El premio está en haberle merecido,
I las honras consisten no en tenerlas,
Sino en solo arribar a merecerlas.»
